



La huella cotidiana que define nuestro mundo digital

POR EDGARDO FUENTES CÁ CERES
Director Ingeniería en Ciberseguridad U. Andrés Bello

Todas las personas tienen una identidad digital, incluso quienes sienten que “no usan mucho internet”. Basta con realizar acciones tan cotidianas como usar un teléfono móvil, pagar con tarjeta, descargar una aplicación o registrarse en un sitio web para dejar un rastro que, aunque mínimo, se acumula con el tiempo. Y ese rastro hoy es más común de lo que parece: solo en 2025, más de 5.560 millones de personas usaron internet en el mundo, un 67,9% de la población global. Esto significa que, aun cuando alguien crea estar al margen, ya forma parte del ecosistema digital.

A medida que navegamos, vamos construyendo una identidad que no se limita a datos como un RUT, una contraseña o un correo electrónico. También incluye información menos evidente: hábitos de consumo, horarios, dispositivos, ubicaciones aproximadas o patrones de uso. Son datos que solemos entregar sin pensarlo, simplemente porque parecen necesarios para acceder a un servicio o cumplir una tarea puntual. Sin embargo, a medida que este conjunto crece, también lo hace su valor para quienes saben interpretarlo.

El problema aparece cuando esta información termina siendo utilizada de formas que nunca imaginamos. Las filtraciones de datos, por ejemplo, están en aumento: en 2024 se registraron más de 6.670 brechas públicamente reportadas, exponiendo más de 16.800 millones de registros en todo el mundo. Lo más preocupante es que no se trata solo de ataques sofisticados: muchas veces, las fallas provienen de bases de datos mal protegidas, aplicaciones que piden más permisos de los necesarios o registros antiguos que nadie eliminó. Y esto no es un fenómeno lejano: los ataques basados en explotación de identidades crecieron un 71% a nivel global, con un impacto especialmente marcado en América Latina.

Un correo filtrado, un número de teléfono o un registro antiguo pueden parecer detalles sin importancia, pero rara vez operan solos. Los ciberdelincuentes combinan datos de múltiples fuentes para crear perfiles

precisos que permiten construir engaños más efectivos. Así se explican los correos falsos que parecen legítimos, las llamadas que conocen nuestros servicios o los mensajes que buscan generar confianza. Esta realidad es aún más evidente cuando se considera que en el 74% de las brechas de datos interviene algún elemento humano, generalmente vinculado a la interacción cotidiana con mensajes o enlaces engañosos.

Tomar conciencia de la identidad digital no significa vivir con miedo, sino aprender a relacionarnos mejor con la tecnología que usamos a diario. En un entorno donde Chile, México y Colombia reportan un aumento sostenido en fraudes, phishing y robo de datos personales, la prevención deja de ser opcional y se convierte en una forma básica de autocuidado. Acciones simples, como revisar qué permisos otorgamos, desconfiar de solicitudes innecesarias, activar la autenticación en dos pasos o mantener los dispositivos actualizados, pueden marcar una gran diferencia en la reducción de riesgos.

La identidad digital es ya parte inseparable de la vida contemporánea, tanto como la identidad física. Y cuidarla no es un desafío técnico, sino un proceso progresivo y alcanzable. Entender su valor nos permite movernos con mayor tranquilidad en un mundo donde nuestros datos hablan incluso cuando no estamos frente a una pantalla. En un entorno donde los incidentes de seguridad continúan aumentando y la exposición masiva de información se vuelve cada vez más frecuente -solo en 2024 se filtraron más de 1.500 millones de datos en incidentes de alto impacto-, proteger nuestra información personal no es una opción: es una nueva forma de cuidarnos. **T2**